

REVISTA BOLETÍN REDIFE: 14 (9) SEPTIEMBRE 2025 ISSN 2256-1536

RECIBIDO EL 4 DE MAYO DE 2025 - ACEPTADO EL 6 DE AGOSTO DE 2025

EDITORIAL

LA CLÍNICA QUE DANZA:
ENTRE LA JAULA DE MAGRITTE
Y EL RANCHO COMO ABRIGOTHE CLINIC THAT DANCES:
BETWEEN MAGRITTE'S CAGE
AND THE RANCHO AS SHELTERSandra Lorena Arango Cardona^{1 2}

Universidad del Valle

Cali, Colombia

Resumen

Este texto nace de mis propias fisuras y desplazamientos en la clínica. Inspirada en *El terapeuta* de Magritte —esa figura inmóvil

¹ Soy una mujer de Abya Yala, nacida en un rancho al oriente de Cali, Colombia. Ese territorio de origen, tejido de bordes y fogones, ha nutrido la manera en que habito la vida y la clínica. Me formé como psicóloga y como magister en Psicología Clínica en la Universidad del Valle, mi alma mater, donde hoy acompaño —con compromiso y memoria encarnada— la formación de futuras profesionales en Primera Infancia, desde los albores mismos del programa en la Facultad de Psicología.

También acompaño, desde sus inicios, a la Maestría en Clínica de las Infancias y Juventudes de la Universidad de San Buenaventura en Cali, un espacio en el que la pregunta, la escucha y el cuerpo encuentran lugar. En la Fundación Casa Munay, cultivo una práctica psicoterapéutica enraizada en la Psicología Profunda de Carl G. Jung, entrelazada con la danza movimiento terapia y la arteterapia, sendas que he transitado y encarnado en espacios de formación en Argentina.

² Correo electrónico: arango.sandra@correounivalle.edu.co

Orcid: <https://orcid.org/0009-0001-4393-0027>

y enjaulada que tantas veces reconocí en los pasillos de diversas instituciones tanto educativas como de salud—, relato mi tránsito desde una psicología que aprisionaba mi cuerpo hacia una práctica que danza y se abre a la intemperie. En el fogón del rancho y en las salas de puerperio, en mi práctica clínica particular y también junto a mis estudiantes, como psicóloga, doula aprendiz, arteterapeuta y acompañante de juegos infantiles, he aprendido que la clínica no necesita vigilar ni corregir, sino sostener y acompañar. La clínica que danzo se enraíza en hilos junguianos, winnicottianos, feministas y decoloniales (Jung, Winnicott, Lévinas, Rolnik, Lugones, Benjamin), y se enciende en la memoria de los afectos, en el temblor del cuerpo y en la palabra compartida. Escribo desde mi experiencia para afirmar que la subjetividad no

es una estructura rígida, sino una trama viva de movimientos y resonancias, donde el cuidado se vuelve un acto ético, político y poético, y donde el alma encuentra el ritmo que ningún manual puede contener.

Palabras clave

Clínica rancheada; cuerpo; juego simbólico; ética del cuidado; decolonialidad; subjetividad.

Abstract

This text emerges from my own fissures and displacements within clinical practice. Inspired by *The Therapist* by Magritte— that immobile, caged figure I so often recognized in the corridors of educational and health institutions— I narrate my passage from a psychology that confined my body toward a practice that dances and opens itself to the open air. At the hearth of the *rancho* and in the postpartum wards, in my private clinical practice and also alongside my students, as a psychologist, apprentice doula, art therapist, and companion in children's play, I have learned that the clinic does not need to watch over or correct, but to sustain and accompany. The clinic I dance is rooted in Jungian, Winnicottian, feminist, and decolonial threads (Jung, Winnicott, Lévinas, Rolnik, Lugones, Benjamin), and is kindled in the memory of affections, in the trembling of the body, and in the shared word. I write from experience to affirm that subjectivity is not a rigid structure, but a living weave of movements and resonances, where care becomes both a ethical, political and poetic act, and where the soul finds the rhythm that no manual can contain.

Keywords

Rancheada clinic; body; symbolic play; ethics of care; decoloniality; subjectivity.

Recuerdo la primera vez que vi la pintura al óleo *El terapeuta* de Magritte. Quedé suspendida, atrapada en esa imagen. Un cuerpo sin rostro, cubierto por una capa, con un torso de jaula.

Adentro, dos aves blancas. Esa imagen me devolvió, sin filtros, el modelo clínico que había habitado durante mis años de formación: un terapeuta que mira sin ser visto, que habla desde el supuesto saber, que interpreta desde el margen. Un terapeuta que contiene la vida, no para liberarla, sino para observarla tras barrotes teóricos. La clínica que me enseñaron estaba hecha de quietud. Inmóvil como un cuadro.

Esa imagen me dolió en la piel. Me devolvió, sin filtros, el modelo clínico que me había sido enseñado: el de un terapeuta que mira sin ser visto, que habla desde el supuesto saber, que interpreta desde el margen. Un terapeuta que contiene la vida —las aves— no para liberarla, sino para observarla tras barrotes teóricos.

Esa jaula soy yo, pensé. O fui. O todavía estoy dejando de ser.

Me entrenaron para ser técnica, no humana. Para sostener el encuadre como si fuera altar. Para cuidar sin tocar. Para que mi cuerpo no se notara, no temblara, no hablara. Me enseñaron a decir “hábleme más de eso”, a medir silencios con cronómetro, a interpretar sueños como si el alma pudiera esquematizarse.

Y sin embargo, había algo que dolía. Lo sentía en el pecho, en las manos, en la espalda cansada de no moverse. La psicología que me enseñaron era un cuarto frío: hablábamos de vínculo, pero sin afecto; de trauma, pero sin duelo; de cuerpo, pero desde el lenguaje. Como advierte Rolnik (2019), la colonización del inconsciente opera cuando se le niega al deseo su potencia política, cuando el alma es reducida a funcionamiento.

La jaula de Magritte no era metáfora. Era estructura. Y yo, ahí adentro, apretando mis alas.

Tuve, sin embargo, la fortuna de que en medio de esa formación asfixiante se abriera una grieta: la investigación y el trabajo con niños y niñas, donde el juego simbólico fue el eje. Allí la

jaula se tambaleó. Comprendí que para ingresar al mundo infantil no podía permanecer inmóvil ni distante: había que dejar que el cuerpo se agachara, que las manos dibujaran, que la voz inventara. Como advierte Winnicott (1971/2007), es en el lugar donde el sujeto se encuentra a sí mismo y se abre a la creatividad; y como señaló Huizinga (1938/2007), el juego es una dimensión originaria de la cultura, más antigua que la razón. El juego me mostró que la clínica no era un altar rígido, sino un espacio de movimiento, improvisación y sorpresa; que las alas podían abrirse incluso en el corazón del método. Fue en esos encuentros donde descubrí que la técnica sin humanidad se vacía, y que solo el juego —esa matriz primera de creación y de vínculo— podía devolverle a la clínica su pulso vital.

Fue entonces cuando comprendí que no quería una clínica que encierre, sino una clínica que se mueva. Frente a la inmovilidad del óleo y de la técnica, empecé a intuir otra posibilidad: una clínica que danza. No como metáfora decorativa, sino como forma de saber y de estar con otros; un modo de improvisar, de escuchar con el cuerpo, de sostener el temblor y la vulnerabilidad sin pretensión de control. Allí donde la jaula inmoviliza, la danza abre espacio para el ritmo compartido, para la respiración que se acompasa, para el gesto que se inventa.

La jaula se sacudió y me empujó al viaje. Cruzar la cordillera fue también un cruce interior. Me fui a Argentina a buscar lo que la psicología académica, la de las aulas, no la de los niños y niñas, me había negado: el símbolo, el alma, el cuerpo en movimiento. Atravesé por tierra desde Colombia la mágica cordillera de los Andes, tras el legado de Carl G. Jung, para asumirlo, no como dogma, sino como brújula hacia lo invisible.

Jung (1957/1997) me abrió la puerta a una psicología del alma, donde la sombra no es síntoma, sino guía; donde los sueños no se interpretan desde afuera, sino que se escuchan

como oráculos íntimos; donde el símbolo no explica, sino que sostiene. Comprendí que no se puede acompañar a otro sin implicar el propio destino. Que la clínica no es de respuestas, sino de umbrales.

Y allí, en ese sur del sur, apareció el movimiento.

Descubrí la Danza Movimiento Terapia, el Movimiento Auténtico, la Imaginación Activa...y mi cuerpo volvió a hablar. Como dice Whitehouse (1963), “cuando el cuerpo se mueve verdaderamente, el alma lo sigue”. Empecé a acompañar desde el tambaleo, desde el temblor compartido, desde el ritmo vital. Me formé también en Arteterapia y en Ayurveda, y entendí que sanar no es corregir, sino recordar. Recordar que somos cuerpo, tierra, fuego, agua, memoria, voz.

Y entonces algo empezó a tomar forma. Como una intuición que no venía de los libros, sino del cuerpo. Como un recuerdo ancestral que no tenía nombre, pero sí raíz. Me di cuenta de que cuanto necesitaba no era aprender más técnicas, sino recordar el modo en que mi abuela curaba con plantas, el modo en que mi madre me abrigaba sin hablar, el modo en que el rancho de mi infancia —ese de tierra, palomas, y olor a eucalipto— sostenía más que cualquier manual.

Allí comprendí que la clínica también podía tener cuerpo de rancho: un espacio donde caben el temblor, la sombra, el abrazo, el alimento. Donde no hay distancias jerárquicas, sino cercanías afectivas. Donde no se repara lo roto, sino que se lo honra.

Así, empecé a nombrar esto que me acontece, como mujer terapeuta, bajo la expresión: “Ranchar la clínica” (Arango, 2025), y todo comenzó a cobrar otra textura. No era sólo un gesto político: era una forma de encarnar el alma, de devolverle espacio al símbolo, de

hacerle lugar a lo sagrado cotidiano. La terapia se volvió conversación entre cuerpos, dibujo sin consigna, aroma que evoca infancia, quietud como oración.

En mi país, Colombia, “ranchear” tiene resonancias de compartir lo poco, de encender el fogón comunitario, de inventar hogar con lo disponible. Así, *ranchear la clínica* se convirtió para mí en una praxis situada, relacional, encarnada. Un acto de desobediencia epistemológica —como diría Suely Rolnik (2018)— que destituye la autoridad del saber experto y devuelve dignidad a lo sensible, a lo que tiembla, a lo que no encaja. Es una clínica que se cocina con afectos, con escucha que no interpreta sino que acompaña con preguntas que no buscan cerrar sentido, sino abrirlo.

Como bien lo expresa la filósofa María Lugones (2022): resistir al colonialismo del saber implica también habitar formas otras de relacionalidad. En este gesto, la clínica rancheada desarma la lógica patriarcal que se esconde detrás de la pretendida neutralidad clínica. Y lo hace devolviendo cuerpo al alma, voz al silencio, misterio a la escena terapéutica. Frente al terapeuta de Magritte, quieto, opaco, clausurado, la rancheada aparece como una invitación a movernos, a desbordar los bordes de la técnica, a acoger el temblor del *otro* como propio.

No es una clínica sin teoría. Es una clínica con cuerpo. Una que se permite llorar, bailar, callar. Una que no teme perder autoridad si gana verdad. Una que no se representa a sí misma como jaula, sino como fogón encendido en medio de la intemperie. Ranchear fue —y sigue siendo— mi manera de resistir la jaula y de inventar abrigo con lo que hay: una tela, un gesto, un silencio sostenido.

*Es una clínica que se hace con lo que queda,
con lo que arde, con lo que canta bajito
mientras todo duele.*

Volví a mirar la imagen de Magritte después de una sesión donde danzamos con una madre que había perdido a su bebé. No había palabras. Solo un pañuelo en el suelo, dos cuerpos en movimiento, y una música suave sosteniendo lo que dolía. Al final, ella dijo: “Siento que lo abracé”. Eso no está en los manuales. Ni en los protocolos. Pero ahí estaba la clínica. Una clínica que no es representación, sino experiencia. Que no encierra el duelo, sino que le permite moverse, tomar forma, circular.

El terapeuta de Magritte no puede hacer eso. No tiene cuerpo. No tiene voz. No tiene tierra. Está cubierto, blindado, clausurado. Es el experto patriarcal que habla desde el afuera, el que escucha desde el juicio, el que teoriza el dolor sin arriesgar el propio.

Yo ya no puedo —ni quiero— habitar esa figura. Me duele. Me silencia. Me borra. La clínica rancheada que practico es otra cosa: es un lugar con olor a panela, donde a veces lloramos, a veces nos abrazamos, y muchas veces simplemente estamos. Acompañar, para mí, ya no es contener: es compartir la intemperie sin pretensión de ordenarla.

En esta clínica que danza, la ética no se funda en la corrección ni en la reparación, sino en la posibilidad de moverse con el otro en su fragilidad. Como recuerda Emmanuel Lévinas (1961/2002), la ética comienza en el rostro del otro, en esa alteridad que me convoca y me desarma antes de cualquier saber. Estar en la intemperie junto a quien sufre es, entonces, un gesto ético: no imponer pasos, sino dejarse afectar por el ritmo del otro. Del mismo modo, Jessica Benjamin (1988) señala que el reconocimiento mutuo constituye la base de toda relación humana; en el espacio clínico, ese reconocimiento se traduce en un movimiento compartido, donde terapeuta y paciente improvisan una coreografía de presencia y de cuidado. Ética del movimiento es, así, acompañar sin domesticar, sostener sin

apropiarse, abrir lugar para que la vida vuelva a vibrar en su singularidad.

La clínica que danza no se limita a interpretar ni a encuadrar; se atreve a sostener, a moverse con el otro en la intemperie, allí donde la vulnerabilidad se convierte en posibilidad de encuentro. Es una clínica que, como la vida misma, se teje en los bordes, con cuerpos que laten y se afectan mutuamente. Como lo he señalado en otros trabajos, se trata de una ética del cuidado que no cose rupturas ni remienda síntomas, sino que acompaña el despliegue de nuevas tramas de sentido (Arango, 2025).

Hoy, cuando recibo a alguien en sesión, no me cubre una capa roja. No tengo jaula. No tengo bastón. A veces tengo una manta, una vela, una esencia de lavanda, una canción. La clínica que sostengo está más cerca del fogón que del escritorio. Más cerca del susurro que del diagnóstico. Más cerca del barro que del manual.

De acuerdo con Rolnik (2019), descolonizar el inconsciente es devolverle al cuerpo su lugar de saber. Como aprendí de la danza, el cuerpo no sólo recuerda: también imagina, repara, transforma. Como enseña el Ayurveda: cada cuerpo tiene su fuego, su ritmo, su forma de sanar.

En el marco de la Maestría en Clínica de las infancias y juventudes de la Universidad de San Buenaventura, y de la mano de mis hermanas álmicas Vivian Ospina³ y Tatiana Calderón⁴, quienes confiaron en mis rebeldías disciplinares y en el fuego que he puesto en el centro de mi vida, llegué a la sala de ginecología del Hospital Universitario del Valle como supervisora académica, con la ilusión de formar profesionales sensibles al dolor ajeno y al asombro sagrado del nacimiento. Pero pronto

entendí que el conocimiento no bastaba. Las batas blancas, los turnos interminables, el llanto de las mujeres que perdían lo que nunca habían tenido tiempo de desear, todo eso me dolía hasta las entrañas. Acompañar a mis estudiantes en medio de ese ruido estructural me reveló que, como a mí, la psicología que las había formado también les quedaba corta: no bastaba para nombrar el temblor, ni para sostener lo que allí se desbordaba.

En tal escenario el terapeuta de Magritte apareció como símbolo: inmóvil, enjaulado, distante. Lo vi en muchos pasillos del hospital, sentado en los escritorios, repitiendo diagnósticos sin cuerpo, ocultando tras su maletín la fragilidad del alma humana. Era el momento oportuno para invitar a mis estudiantes a re-pensar con voz propia esa figura de autoridad hermética que sólo sabía sostenerse en la palabra racional, y que evitaba tocar, llorar, temblar, dudar.

Fue entonces cuando, en busca de otros lenguajes, me formé como doula. No en un quirófano, sino al borde de camas domésticas, entre aromas de canela, abrazos y cuencos tibios. Allí entendí que el parto —y la vida— no necesita vigilancia sino compañía. Que las metáforas sanan cuando brotan del cuerpo. Que el alma tiene su ritmo, su respiración y sus grietas. Y que ranchar la clínica no era sólo una metáfora política, sino una práctica vital.

Ese tránsito no fue un simple cambio de escenario: fue un derrocamiento íntimo. De nuevo el fogón derrocó al escritorio, la conversación desplazó al juicio, y el cuerpo de las mujeres embarazadas dejó de ser objeto de estudio para convertirse en territorio común. En ese fogón —circular, tibio, rebelde— descubrí que la clínica podía ser también un lugar de cocción lenta, de espera compartida, de silencios habitados por la respiración de muchas. Allí el cuerpo dejó de ser “máquina” o “caso clínico” y volvió a ser, en palabras de Suelly Rolnik (2019), un

3 Directora de la Maestría en Clínica de las Infancias y Juventudes, Universidad de San Buenaventura

4 Directora de la Maestría en Clínica Psicoanalítica, Universidad de San Buenaventura

cuerpo vibrátil: atravesado por fuerzas, deseos y memorias que no se dejan reducir a protocolos.

Fue entonces en el lugar donde nace la vida cuando una vez más comprendí que la ética en la clínica no se juega en la distancia higiénica, sino en el roce de la proximidad. Lévinas (2002/1961) lo nombra como la *alteridad radical*: ese rostro del otro que me interpela antes de toda teoría, antes incluso de mi voluntad. En la sala de puerperio lo experimenté con nitidez: el llanto de una madre, la mirada perdida de un recién nacido, el temblor de un padre primerizo nos exigía presencia, no manuales. Jessica Benjamin (1996) lo traduce al lenguaje de la psicología como *reconocimiento mutuo*: la posibilidad de que dos subjetividades se encuentren sin anularse, sosteniendo la tensión entre dependencia y autonomía.

Por eso, en las tesis para optar al título de Magister que acompañé después, y que aún sigo acompañando, ya no busco mera coherencia argumentativa, sino certeza encarnada: esa que emerge cuando se escribe desde el temblor, desde la experiencia, desde lo que no cabe en los manuales. Allí el texto se vuelve piel, memoria y grieta. Allí lo académico se desarma para dejar pasar la respiración, el llanto, la risa inesperada. Frente al terapeuta de Magritte, nosotras elegimos habitar la intemperie: con nuestras aves libres, nuestras manos ocupadas y nuestras voces entrelazadas. Elegimos renunciar a la comodidad de la jaula para aprender, en cuerpo colectivo, que la clínica también puede ser fogón, nido, rezo, danza.

Y yo, con mi cuerpo que también ha llorado, con mi historia que también ha dolido, elijo cada día acompañar desde el rancho: ese lugar donde no se cura, pero se sostiene. Donde no se explica, pero se comparte.

Donde lo roto no es obstáculo, sino raíz.

Referencias bibliográficas

- Arango, S. L. (2025). *Tejer la subjetividad: Cuerpo, alteridad y clínica en tiempos de reinención*. En Redipe (Ed.) *Educación para ser* (pp. 316–329). Editorial Redipe. Recuperado de <https://editorial.redipe.org/index.php/1/catalog/view/229/389/8006>
- Benjamin, J. (1988). *The bonds of love: Psychoanalysis, feminism, and the problem of domination*. New York: Pantheon Books.
- Benjamin, J. (1996). *Sujetos iguales, objetos de amor: Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Paidós.
- Cusicanqui, S. R. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta Limón.
- Huizinga, J. (2007/1938). *Homo ludens: El juego como elemento de la cultura* (4.ª ed.). Madrid: Alianza.
- Jung, C. G. (1997/1957). *La dinámica de lo inconsciente* (Obras Completas, Vol. 8). Trotta.
- Lévinas, E. (2002/1961). *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad* (2.ª ed., trad. D. Guilloit). Salamanca: Sígueme.
- Lugones, M. (2022). *Peregrinajes/Pilgrimages: El pensamiento de María Lugones*. Editorial Tinta Limón.
- Magritte, R. (1937). *El terapeuta* [Óleo sobre lienzo].
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección: Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Tinta Limón.

Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Universidad Nacional de Quilmes.

Whitehouse, M. (1963). The tao of the body. *Journal of Analytical Psychology*, 8(1), 63–68.

Winnicott, D. W. (2007/1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.